

EL CÍRCULO MÁGICO



¡Por fin viernes! Emma estaba feliz. El viernes era un día muy especial para ella. Y es que los viernes por la tarde, Emma iba con su papá al museo a buscar a su mamá.

El museo le encantaba, aunque era tan grande que había muchas zonas que todavía no conocía. Cuando llegó al museo tuvo que esperar un rato sola, sentada en un banco.

-Emma, cariño, espera a mamá un poquito aquí sentada que ahora mismo vuelvo - le dijo su padre.

-Vale papi.- Contestó Emma.

Pasaban los minutos y Emma empezó a aburrirse, así que decidió dar un paseo pequeñito por el museo.
(PASAR LÁMINA POCO A POCO)

Claro que Emma era muy curiosa y ese paseo pequeñito se convirtió en un paseo muy grande.



MUSEO DE LA EVOLUCIÓN HUMANA

De pronto vio algo que le llamó mucho la atención. Era una especie de círculo con paredes negras. Tenía muchas entradas alrededor, así que decidió mirar por una de ellas.

Cuando asomó su cabeza, vio algo tan asombroso, que se quedó paralizada.

Poco a poco, de puntillas, entró dentro de ese círculo que a ella le pareció mágico. Estaba muy oscuro.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, se dio cuenta de que a su alrededor, metidos en cápsulas, se encontraban unos hombres muy extraños. No tenía miedo pues su mamá le había enseñado muchas veces fotografías parecidas.

Primero les miró sin moverse de su sitio, pero después fue acercándose a ellos lentamente. Eran tan diferentes y a la vez tan parecidos a ella...

De pronto se dio cuenta de que una de las cápsulas estaba vacía. Emma sintió unas ganas tremendas de meterse dentro de la cápsula vacía para ver qué se sentía y sin pensárselo dos veces saltó dentro de ella.

Era extraño estar allí, pero también divertido.

De repente comenzó a sentir un calor agobiante. Se quitó el abrigo, pero el calor era realmente insoportable. Empezó a sentirse mareada.

La cabeza le daba vueltas y comenzó a verlo todo borroso. Tenía sueño, sus ojos comenzaron a cerrarse y cayó profundamente dormida...



¡Eh, despierta, vamos, despierta! – Sonó una voz en sus oídos.
(PASAR LENTAMENTE LA LÁMINA SIGUIENTE).
-¡Vamos, que vienen corre!

Cuando Emma abrió los ojos creyó que estaba soñando. Pero aquello no era un sueño. Se encontraba en el campo, corriendo con un niño de su edad más o menos, vestido con pieles. Emma no entendía nada. Estaba un poco asustada.



¡Sssshhhh!

El niño la cogió de la mano y tirando de ella la llevó detrás de unos arbustos.

-¿Tú quién eres?- consiguió preguntarle Emma.

-Soy Hugo. ¿Y tú?

-Yo soy Emma.

-¿Estás loca? ¿No ves que estamos cazando y que se acerca la manada?

-Pero ¿dónde estamos?

-Esto es Atapuerca.

-¡Atapuerca! no es posible, yo estaba en el museo...

-¿Qué es un museo? Es igual, ya me lo contarás, correee...



-Vamos, por allí está mi padre.

-¿Qué estábais haciendo? ¿No os habéis dado cuenta de que la manada viene hacia vosotros?- dijo el padre.

-No papá, estaba hablando con Emma.- dijo Hugo.

-¿Y tu familia?

-No lo sé...

-Es igual, seguidme a la cueva.

-Hugo le dio la mano a Emma y le preguntó:

-¿Vienes conmigo?

Emma no entendía nada, aunque ya no estaba asustada. Le dio la mano a Hugo que la llevó dentro de su cueva.



Allí le enseñó el lugar donde guardaban los alimentos.

No se parecía nada a los supermercados que ella conocía. A Emma no le gustó este lugar pues era un agujero donde caían los animales, como una especie de trampa, en la que guardaban los hombres los animales que acababan de cazar.

-Ahora tengo que ir a aprender a hacer herramientas. ¿Vienes conmigo? El bifaz ya me sale muy bien.- dijo Hugo.

-Vale.- contestó Emma.

-Es muy divertido.



Emma observó todo muy atentamente y se puso a imitar lo que ellos hacían.

Cogió dos piedras y las empezó a entrechocar, pero se la rompían. En cambio, Hugo estaba afilando una de las piedras y dejándola como un auténtico cuchillo.

-¿Cómo lo haces, Hugo?

-No te preocupes. Al principio a mí tampoco me salía. Mira. Chócalas así.

-Mira lo estoy consiguiendo. También hay raspadores para limpiar las pieles de los animales, arpones para pescar hechos con huesos, agujas...

Mientras estaban entretenidos con las piedras llegó uno de los jóvenes corriendo muy nervioso pues había visto un grupo de hombres desconocidos que se acercaban por el bosque.

(PASAR LA LÁMINA LENTAMENTE).

Todos se pusieron en pie. No sabían quiénes eran aquellos hombres, ni si eran buenos o no.

Les esperaron nerviosos, según se acercaban vieron que traían algo extraño en las manos. Una especie de luz que nunca habían visto. Tenían miedo...



Durante un tiempo, estuvieron observándose, oliéndose, poco a poco se acercaron e intercambiaron sus objetos.

-¿Para qué sirve esto? Nunca he visto nada parecido. - dijo un niño.

-Es un bifaz.- Contestó Hugo.- Sirve para cortar.

-¿A ver?

Hugo le mostró cómo se utilizaba el bifaz. El niño se quedó asombrado y fue corriendo a enseñárselo a su papá.

-Esto es el fuego- respondieron-. Sirve para cocinar los alimentos, para calentarnos cuando hace frío, para ahuyentar a los animales y para alumbrarnos en las noches oscuras.

El hombre entró en la cueva con el fuego y todos se quedaron boquiabiertos pues era como si el sol hubiera entrado en su casa.

-¡Esto es asombroso!

Y esa tarde, los dos grupos compartieron lo que tenían y lo que sabían.

Mientras los mayores aprendían unos de otros, los niños también pasaron una tarde inolvidable.



Cuando anocheció todos entraron en la cueva. Emma y Hugo se tumbaron juntos sobre una piel de bisonte. Emma tenía mucho sueño. Había sido un día agotador. Cuando estaba a punto de dormirse le dijo a Hugo:

-Me lo he pasado muy bien contigo, pero ahora me gustaría volver con mi mamá y no sé cómo hacerlo.

-Mira Emma, te voy a dar un tesoro que siempre llevo conmigo.

Hugo sacó de debajo de la piel una piedra blanca y se la entregó a Emma.

-Me lo regaló mi abuelo hace mucho tiempo. Él ya no está con nosotros, pero cuando tengo ganas de verle aprieto muy fuerte la piedra contra mi corazón y cierro los ojos mientras pienso en él. Y muchas veces siento que está conmigo.

-Gracias Hugo.

-Seguro que vuelves a estar con tu mamá.



Emma fue cerrando los ojos poco a poco y enseguida se quedó profundamente dormida hasta que de pronto...

-¡Emma, Emma!

Oyó que alguien la llamaba. Abrió los ojos lentamente y ¡sorpresa, se encontraba nuevamente en el museo! y ¡esa voz era de su mamá!

-¡Mamá! He tenido un sueño muy bonito. ¿Te lo cuento?

-Vale cariño.

De repente, Emma notó que tenía algo duro en la mano, cuando la abrió se encontró con la piedra de Hugo. Todo había ocurrido de verdad.

¡¡NO HA SIDO UN SUEÑO!!

FIN

